

SERIE DOCUMENTOS

**BORRADORES
DE
INVESTIGACIÓN**

No. 43, julio de 2004

**Pobreza, empleo y distribución del ingreso
en las zonas rurales de Colombia, durante
la década de 1990. Una revisión de la literatura**

Ricardo Argüello



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario - 1653

ARGÜELLO, Ricardo

Pobreza, empleo y distribución del ingreso en las zonas rurales de Colombia, durante la década de 1990: una revisión de la literatura / Ricardo Argüello. — Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario, 2004.

30 p. : cuad., tab. — (Economía. Serie Documentos, Borradores de Investigación; 43).

Incluye bibliografía.

ISSN: 0124-4396

POBREZA RURAL – COLOMBIA - 1990 / EMPLEO RURAL - COLOMBIA / DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO – COLOMBIA - 1990 / DISTRIBUCIÓN [TEORÍA ECONÓMICA] / COLOMBIA – ASPECTOS SOCIOECONÓMICOS / COLOMBIA – CONDICIONES RURALES / AGRICULTURA Y ESTADO / DESARROLLO RURAL – COLOMBIA / DESEMPLEO - COLOMBIA / I. Título / II. Serie.

© Centro Editorial Rosarista

© Facultad de Economía

© Autor del libro: Ricardo Argüello

Todos los derechos reservados

Primera edición: julio de 2004

ISSN: 0124-4396

Impresión digital: JAVEGRAF - Colombia

POBREZA, EMPLEO Y DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO EN LAS ZONAS RURALES DE COLOMBIA, DURANTE LA DÉCADA DE 1990. UNA REVISIÓN DE LA LITERATURA

RICARDO ARGÜELLO C.*
arguello@urosario.edu.co
Universidad del Rosario

RESUMEN

En este trabajo se examinan los más importantes estudios realizados sobre la pobreza, el empleo y la distribución del ingreso en zonas rurales de Colombia, con especial referencia a la década de 1990. Aunque hay cierta dificultad para identificar los “hechos estilizados” que caracterizan la evolución de estas variables, durante el período de interés, los resultados de la revisión permiten indicar lo siguiente: la pobreza rural tiende a disminuir en el largo plazo, aunque se ve afectada negativamente por el ciclo económico y por la forma como interactúa con el resto de la economía. El empleo rural disminuye su participación en el empleo total y tiende a adquirir características que lo asimilan más al empleo urbano, en la medida en que parece “terciarizarse”. Existe un sesgo antirural que determina que la brecha de ingresos rural-urbana se amplíe secularmente; en tanto que las reformas económicas introducidas a comienzos de la década tuvieron una incidencia positiva en la disminución de la concentración del ingreso rural.

Palabras clave: pobreza rural, empleo rural, distribución del ingreso, Colombia.

JEL: O150, O180, E240, J430

ABSTRACT

The most relevant literature on the incidence of poverty, and the evolution of employment and income distribution in Colombian rural areas during the decade of the 90s is examined. Nonetheless it is difficult to identify the “stylized facts” that allow characterizing the evolution of these variables, the results of the review lead to the following conclusions. The incidence of rural poverty tends to decrease in the long run. However, this trend is negatively affected by the economic cycle and by the way the rural sector interacts with the rest of the economy. The share of rural employment within total employment decreases while it tends to acquire characteristics that make it more similar to urban employment. This happens as rural employment “tertiarizes”. There is an antirural bias that enhances the gap between rural and urban income levels. However, the economic reforms of the beginning of the decade seem to have had a positive role in reducing the degree of concentration of rural income.

Palabras clave: rural poverty, rural employment, income distribution, Colombia

JEL: O150, O180, E240, J430

* Profesor Facultad de Economía, Universidad del Rosario.

1. INTRODUCCIÓN

En este trabajo se examinan los más importantes estudios realizados para el caso colombiano, con especial referencia a la década de 1990, sobre la pobreza, el empleo y la distribución del ingreso en zonas rurales. Los temas y el período son de especial significación por cuanto la pobreza en Colombia tiende a concentrarse en las zonas rurales, y, durante el período en consideración, se concentraron los efectos de las reformas estructurales que llevaron al país a exhibir un mayor grado de apertura a la economía internacional. Las conclusiones derivadas de estos estudios pueden servir como base para el análisis de la evolución de estas variables en un período posterior; momento en el que los efectos transitorios de las reformas deben haber desaparecido y sus consecuencias de largo plazo ser más claras.

No toda la literatura revisada se centra en el estudio específico del sector rural. De hecho, una parte importante del material relacionado con éste se deriva de referencias relativamente marginales obtenidas en varios estudios. Esta circunstancia hace que sea difícil identificar una serie de “hechos estilizados” que permita caracterizar con relativa claridad las tendencias de comportamiento de las variables examinadas. Esto sucede en parte debido a que los resultados de los estudios tienden a ser diversos y a la variedad de metodologías empleadas en ellos. En este sentido puede decirse que los estudios presentan una cierta fragilidad cuando son observados desde el punto de vista de la caracterización del sector rural.

De una forma muy sintética, podría decirse que parece haber una tendencia moderada a la disminución secular de la incidencia de la pobreza en el sector rural. Esta tendencia se ve perturbada negativamente por los efectos transitorios, aunque en ocasiones apreciables en magnitud, del ciclo económico y de las características de la interacción entre el sector rural y el resto de la economía. De manera similar, el empleo en zonas rurales presenta una tendencia moderada al aumento, que no es suficiente para impedir que la participación del mismo, dentro del conjunto del empleo nacional, sea decreciente. Por otra parte, se encuentra una especie de “modernización” del empleo rural en el sentido en que éste comienza a mostrar características más cercanas a las que muestra el empleo formal urbano. Así, los empleados rurales son, en promedio, más educados que en el pasado y la mujer tiende a mostrar tasas de participación mayores; situación similar a la que existe con la participación de los grupos de edad intermedios. Estas características parecen relacionarse con la creciente “terciarización” del empleo rural. Por último, parece constatar la presencia de un sesgo antirural en el proceso de desarrollo, que lleva a una ampliación paulatina de la brecha de ingresos entre las zonas rurales y las urbanas. Este sesgo se presenta a pesar de que no se encuentra evidencia que las reformas que aumentaron el grado de apertura de la economía, tuvieran incidencia directa sobre el aumento de la pobreza rural; éstas, por el contrario, parecieran disminuir el grado de concentración del ingreso al interior del sector.

Este artículo se ha organizado de la siguiente manera: en la segunda sección se hace una presentación de la evolución de la pobreza en el sector rural; ésta incluye una revisión del tema de la incidencia de la pobreza, del análisis de los efectos distributivos sobre la misma, de la distinción entre los efectos de crecimiento y distribución, así como una presentación del perfil de los pobres rurales. En la tercera sección se trata sobre el tema del empleo rural: allí se examina la evolución general del empleo y desempleo rurales, se presenta una caracterización

de la oferta laboral rural y se examinan la estructura del empleo rural y los ingresos laborales rurales. La distribución del ingreso rural es el tema de la cuarta sección; básicamente se examinan la evolución de la distribución del ingreso rural-urbana y la evolución del ingreso al interior del sector rural. En la quinta sección se presentan resultados de estudios sobre el impacto de la macroeconomía y las reformas económicas sobre el sector y su relación con las variables objeto de interés. Finalmente, en la sexta sección se presentan las conclusiones.

2. EVOLUCIÓN RECIENTE DE LA POBREZA RURAL

2.1. LA INCIDENCIA DE LA POBREZA

Distintos estudios tienden a señalar la presencia de una tendencia decreciente en la incidencia de la pobreza en Colombia a partir de la década de los setenta. No obstante, diferencias en la definición operativa de la pobreza y en el tratamiento metodológico de los indicadores empleados para medirla, oscurecen en cierta medida esta apreciación.¹

¹ La fuente comúnmente empleada, y prácticamente la única existente, para los estudios sobre pobreza y distribución del ingreso son las Encuestas Nacionales de Hogares (ENH) realizadas por el DANE. Estas se ejecutan trimestralmente desde 1973, con diferentes coberturas urbanas, y desde 1992 la etapa III, correspondiente al mes de septiembre, tiene también cobertura rural. Por esta razón, los estudios sobre pobreza, empleo y distribución del ingreso en zonas rurales han tomado como base las encuestas de hogares con cobertura nacional de los años 1978 y 1988 (que incluían zonas rurales), la etapa IV de la ENH de 1991 (que, excepcionalmente, tuvo cobertura rural), las etapas III de la ENH entre 1992 y el último año disponible y la Encuesta de Caracterización Socio-Económica del DANE (Casen), realizada en 1993 con cobertura nacional.

Las dificultades existentes para la comparación y contraste de los resultados de los distintos estudios realizados sobre el tema vienen de cuatro fuentes. Primera, los diseños muestrales y la cobertura de las encuestas han venido cambiando con el tiempo. Por ejemplo, los criterios de estratificación se han modificado y nuevas ciudades se han incorporado paulatinamente a la ENH. Estas diferencias hacen que los datos producidos por diferentes períodos de ejecución de la ENH no sean estrictamente comparables. Segunda, hay problemas de información derivados del diseño de la encuesta. El principal es el llamado problema de censuramiento que consiste en la asignación de un número insuficiente de dígitos para el registro de los datos de ingreso. Entre 1982 y 1993 la encuesta permitía solo seis dígitos para capturar el ingreso mensual y entre septiembre de 1993 y diciembre de 1995 permitía siete, lo que implicó un subregistro sistemático de los ingresos de la población de más alto ingreso. Por otra parte, con relación a los ingresos por capital, la ENH captura solo los provenientes de intereses, dividendos y pensiones, dejando excluidos los dividendos no distribuidos y las ganancias corporativas, fuentes que de acuerdo con Sarmiento (95) se concentran en los deciles más altos y pueden responder hasta por el 20% del ingreso total. Tercera, problemas asociados a la recolección de la información. Han existido inconsistencias entre el valor reportado de los ingresos y la periodicidad de percepción del mismo, que han llevado a sobrestimar el ingreso. Otras dificultades vienen de los casos normales de negativa a suministrar la información, de omisión de datos, etc. Cuarta, diferencias en las metodologías empleadas en los estudios, incluyendo las que hacen relación a la forma como intentan solucionar algunos de los problemas originados en los puntos anteriores.

Las dificultades generadas en los temas muestrales no han sido, al menos explícitamente, tratadas por los diferentes autores. Posiblemente la más relevante de todas tiene que ver con los intervalos de confianza pertinentes para las estadísticas e indicadores generados en los estudios. Así, por ejemplo, mientras cambios relativamente modestos en los valores absolutos de indicadores como el coeficiente de Gini pueden ser significativos desde el punto de vista de apreciar la evolución de la pobreza rural, no hay una información que permita establecer si dichos cambios son significativos desde el punto de vista estadístico. Un mejoramiento o empeoramiento detectado de la pobreza puede sencillamente deberse a un cambio de valores del indicador que, desde el punto de vista estadístico, están dentro del margen de error derivado del diseño muestral. Otro tanto podría decirse con respecto a las participaciones

De acuerdo con Londoño: “... la pobreza en Colombia tendió a disminuir rápidamente entre 1970 y 1995, con mayor velocidad en los noventa” (1997b, pag. 33). Igualmente, Ocampo y otros (1998),² analizando el período 1978-1995 concluyen que la pobreza en Colombia ha disminuido. En estos dos estudios se resalta además el hecho de que, en materia de incidencia de la pobreza, el país ha dejado de estar situado por encima de los patrones internacionales para su nivel comparativo de desarrollo.

La tendencia a la reducción de la pobreza no ha sido, sin embargo, homogénea a lo largo del tiempo. De hecho, estudios como los de May (1995)³ y Urrutia (1993) muestran ascensos en la incidencia de la pobreza a nivel nacional para 1992, mientras que el trabajo de Ocampo señala un comportamiento permanente a la baja aunque con fluctuaciones en su magnitud.

A pesar de que la pobreza rural sigue el patrón general decreciente de la pobreza nacional, la concentración de ésta en las zonas rurales continúa siendo una característica sobresaliente de la pobreza en Colombia. La aparente evolución reciente de la pobreza indicaría que esta concentración se ha agudizado. En la Tabla 1 se presentan diferentes estimaciones para la tasa de incidencia de la pobreza en Colombia.

De acuerdo con Ocampo, la caída en la incidencia de la pobreza que caracterizó la década de los setenta (y que fue seguida por un relativo estancamiento de ésta en el período posterior) se debió esencialmente a cuatro factores. Primero, la caída en el excedente de mano de obra rural, resultado de los fuertes procesos migratorios existentes desde la década de los cincuenta. Segundo, el rápido proceso de acumulación de capital en el campo, coincidente con los procesos migratorios anteriormente mencionados. Tercero, la caída rezagada de los diferenciales salariales urbano-rurales producida por los dos anteriores fenómenos. Cuarto, el impacto tardío de la política social del Frente Nacional.

de los diferentes deciles de ingreso dentro del ingreso acumulado de los hogares y a sus ingresos medios y la forma como evolucionan en el tiempo. En lo que respecta a los problemas derivados de los cambios en cobertura, algunos autores han tratado de controlarlos limitándose a trabajar la información disponible para el mismo conjunto de ciudades en diferentes años. Un tema relacionado, pero relativamente independiente de las fuentes de información, se refiere al uso de diferentes criterios para definir a la población rural.

Las dificultades derivadas del diseño de la ENH y de los problemas de recolección, se han abordado recurriendo a diferentes procedimientos relativamente ad hoc. Una ilustración de este tipo de procedimientos se encuentra en Leibovich (98). Así mismo, un recurso relativamente común es limitarse a trabajar la información sobre ingresos laborales, ignorando la relacionada con ingresos de capital.

La mayor disponibilidad de datos para el estudio de temas relacionados con la pobreza, el empleo y la distribución del ingreso, particularmente en lo que se refiere a las zonas rurales, conjuntamente con la realización de la Misión Social del D.N.P. y el interés por evaluar el impacto de las reformas económicas, han llevado a la ejecución de un cierto número de estudios de interés. Este acervo de información y de análisis, sin embargo, debe ser considerado con alguna precaución. No solo porque sus resultados son alcanzados desde perspectivas analíticas diferentes, sino porque, como se acaba de resaltar, la información disponible y su tratamiento tienen una relativa carencia de la robustez deseable para alcanzar resultados “concluyentes”.

² En adelante referido como Ocampo.

³ En adelante referido como May.

TABLA 1
ESTIMACIONES ALTERNATIVAS DE LA INCIDENCIA DE LA POBREZA EN COLOMBIA*

Estudio	Tasa de Incidencia	1978	1988	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997
May (95)	Urbana	12.1	8.0	7.8	8.0					
	Rural	38.4	33.1	29.0	31.2					
	Nacional	23.6	18.7	16.9	17.7					
Ocampo y otros (98)	Urbana	15.9	-	11.0	10.7	8.4	8.0	7.5		
	Rural	30.6	36.0	31.4	30.8	30.0	28.5	26.2		
	Nacional	22.3	-	19.6	19.1	17.4	16.5	15.2		
Urrutía (93)	Urbana	3.1	8.0	7.0	10.3					
	Rural	38.4	33.1	26.7	31.2					
	Nacional	18.5	18.7	15.4	19.0					
López (98)	Rural			25.1	38.5	24.5	22.0	19.4	37.0	36.6

* La estimación de May se refiere al porcentaje de la población total cuyos ingresos son inferiores a los necesarios para adquirir una canasta mínima de alimentos (línea de pobreza por ingresos, entre US\$25 y US\$33); la de Ocampo y otros se refiere a la línea de pobreza internacional (equivalente a US\$60 valorados a la PPP de 1985); la de Urrutía se refiere al porcentaje de población bajo la línea de indigencia construida por el DNP; la de López se refiere al porcentaje de hogares rurales bajo la línea de indigencia (los datos de López para algunos años son aproximaciones hechas a partir de la información gráfica presentada por el autor).⁴

Para May la incidencia de la pobreza se reduce entre 1978 y 1991, pero aumenta en 1992 debido al relativamente pronunciado crecimiento que en ese año experimenta la pobreza rural. Este último se produce a raíz de la crisis que aquejó al sector agropecuario y a la consiguiente caída del ingreso rural. En el capítulo sobre el impacto de la macroeconomía y las reformas económicas se volverá sobre este punto. Según este mismo estudio, durante el período 1978-1988 los ingresos de los hogares urbanos y rurales más pobres crecieron más rápido que los correspondientes a los hogares urbanos, a la par que los rurales disminuían. La consecuencia de esta dinámica es una notable disminución en la desigualdad de los ingresos, cuyos efectos son más pronunciados en el sector rural.

Por otra parte, el efecto de los movimientos de población entre los sectores urbano y rural se calcula que tuvo una incidencia mínima sobre la pobreza, al permanecer la distribución demográfica de la población prácticamente inalterada. En estas condiciones se estima que la reducción en la desigualdad de los ingresos, el llamado efecto de distribución, es el principal factor explicativo en la disminución de la pobreza entre 1978 y 1988. A partir de entonces, y hasta 1992, la incidencia de la pobreza urbana permanece prácticamente constante y la evolución de la pobreza en general responde a los movimientos de la pobreza rural.

Como se observa en la Tabla 1 para Ocampo la incidencia de la pobreza ha disminuido consistentemente entre 1978 y 1995, en tanto que la pobreza rural aumentó significativamente entre 1978 y 1988, presentando en 1991 una tasa de incidencia superior a la de 1978 pero

⁴ Los resultados presentados y discutidos en esta sección se referirán, en cada caso, a los obtenidos para estas definiciones particulares de la pobreza.

sensiblemente inferior a la de 1988. De acuerdo con Ocampo, entre 1978 y 1991 el crecimiento general de los ingresos de los hogares es inferior al del PIB. Este comportamiento positivo se da pese a que los ingresos por trabajador, tanto a nivel urbano como rural, disminuyen. En efecto, se calcula que el ingreso real por trabajador disminuye a razón de 1.04% anual durante el período, mientras que las cifras correspondientes a los sectores urbano y rural son -1.23% y -0.68% respectivamente (este tema se amplía en la siguiente sección).

2.2. LA MAGNITUD DE LOS EFECTOS DISTRIBUTIVOS

De acuerdo con May, entre 1978 y 1988 el ingreso real por persona para los deciles 1 y 2 de la población urbana creció a una tasa anual de 2.2%, en tanto que para estos mismos deciles de la población rural creció al 1.3% (dando lugar al efecto de disminución en la desigualdad de los ingresos mencionado arriba). Para el período 1988-1992, el 20% más pobre de la población urbana vio aumentar su ingreso *per capita* apenas en 1.8% anual hasta 1991, para luego bajar en 1.1% en 1992. Por su parte, en el caso de estos mismos grupos de población rural el ingreso real por persona creció al 5% anual entre 1988 y 1991 y cayó 13% en 1992.

Información similar generada por Ocampo muestra que entre 1978 y 1991 el ingreso real urbano *per capita* creció al 0.34% anual, en tanto que el rural creció al 1.16%. Estos mismos datos para los deciles 1 y 2 de la población urbana y rural son 1.39% y -0.05%, respectivamente. Como puede apreciarse, la consistencia de la información de Ocampo con la de May es alta para el caso del sector urbano; sin embargo, parece inconsistente en el caso del sector rural. Esta diferencia se refleja en los cálculos de la tasa de incidencia de la pobreza rural presentados en Tabla 1.

Ocampo encuentra que la incidencia de la pobreza rural disminuye sistemáticamente entre 1991 y 1995. Esto sucede al mismo tiempo que el ingreso real *per capita* rural disminuye a razón de 5.7% anual. La causa de la mejora en los niveles de incidencia de la pobreza, entonces, parece relacionarse esencialmente con los efectos distributivos. En efecto, mientras el ingreso *per capita* de los deciles 1 y 2 rurales crece a una tasa anual de 4.12%, el correspondiente al decil 10 disminuye a una tasa de 14.3% (algo similar sucede con los ingresos por trabajador).

La crisis de la agricultura es la causa visible de la caída en los ingresos rurales. Según Ocampo, la contracción de las oportunidades de empleo afectó duramente a los hogares rurales de ingreso medio y bajo, en tanto que el descenso en los ingresos no salariales golpeó a los de ingreso alto. En circunstancias de reducción en el empleo rural, la presencia de tasas positivas de crecimiento en el ingreso *per capita* y en el ingreso por trabajador, para este grupo de hogares, ha sido asociada a un posible aceleramiento de la migración rural-urbana durante este período. Esta hipótesis, sin embargo, no ha sido explorada con rigor y contrasta con el casi nulo efecto sectorial (migratorio) que encuentra May sobre la evolución de la pobreza entre 1978 y 1988. Londoño (97a y 97b) presenta un razonamiento que apoya la hipótesis de Ocampo.

Es importante mencionar, por otra parte, que las cifras de empleo rural provistas en Tabla 2 (en el siguiente capítulo) muestran descensos relativamente moderados en la tasa de ocupación. Esto sucede debido a que, pese a la disminución en los niveles absolutos de empleo (3.7% en 1992 respecto a 1991, para luego presentar una recuperación lenta que los

lleva en 1995 a niveles cercanos a los de 1991), la tasa de participación durante este período disminuye de 56.75% a 54.66%, teniendo su nivel más bajo en 1993 con 53.77%. Comportamiento que induce preguntas adicionales acerca de la hipótesis de la migración rural-urbana durante el período.

2.3. EL EFECTO CRECIMIENTO Y EL EFECTO DISTRIBUCIÓN

May descompone las variaciones en la tasa de incidencia de la pobreza rural entre el efecto crecimiento y el efecto distribución para el período 1978-1988. Los resultados indican que la totalidad de la disminución registrada en la pobreza se origina en cambios positivos en la distribución del ingreso, en tanto que el crecimiento (expresado como impacto del ingreso medio sobre la pobreza) tiene un efecto negativo. En contraste, en las zonas urbanas tanto el efecto distribución como el efecto crecimiento son positivos en la reducción de la pobreza, siendo el primero considerablemente más importante.

Una descomposición similar calculada por Ocampo muestra resultados contradictorios. Esta divergencia puede deberse en parte a la diferencia existente entre los períodos analizados (1978-1988 para May y 1978-1991 para Ocampo), pero sin duda está largamente determinada por los resultados de sus respectivas estimaciones de la tasa de incidencia de la pobreza. Para Ocampo, entre 1978 y 1991, la incidencia de la pobreza rural aumentó y en la determinación de este aumento el factor fundamental es el efecto distributivo regresivo, que de hecho domina al efecto positivo que se deriva del ingreso medio. Este es un punto que futuros análisis sobre el tema deberían tratar de esclarecer.

Ocampo extiende este análisis al período 1991-1995 encontrando que el patrón registrado en el período anterior se reversa. Ahora la disminución en la tasa de incidencia de la pobreza rural está determinada por el efecto positivo de la distribución del ingreso, que domina al efecto negativo del crecimiento. El factor común a ambos períodos es el papel dominante que los efectos distributivos tienen sobre los efectos de crecimiento, lo que sería un indicador de la debilidad de los ingresos medios rurales para generar disminuciones en la tasa de incidencia de la pobreza.

2.4. EL PERFIL DE LOS POBRES RURALES

Tanto May como Ocampo desarrollan modelos logísticos para medir cómo cambia la probabilidad de que un hogar sea pobre, cuando cambian ciertas características del mismo. Aunque no es posible hacer una comparación de sus resultados debido a que las estimaciones se hacen para diferentes años y agrupaciones, es útil examinarlos brevemente.

Ocampo estima estos cambios en la probabilidad de ser pobre para los años 1978 y 1995, para el total de los hogares (urbanos y rurales) e incluye una variable de residencia en el área rural para medir el impacto específico de la ruralidad. Los resultados que encuentra se pueden resumir así: el riesgo de que una familia sea pobre aumenta cuando el nivel educativo del jefe es bajo, el del cónyuge es bajo (aunque el impacto de esta variable es más atenuado), la edad del jefe (asimilable a su experiencia) es baja y el número de dependientes (especialmente de niños menores de 10 años) es alto. El efecto de la educación del jefe es el factor más importante y se

hace mayor aún en 1995 y el de la educación del cónyuge es importante solo si su nivel educativo es relativamente elevado. La edad del jefe es significativa solo en 1995 y el efecto de los dependientes disminuye en importancia para ese mismo año.

La residencia en zonas rurales tiene, en ambos años, una incidencia negativa sobre la pobreza, que aumenta considerablemente entre los dos años. Finalmente, la posición ocupacional del jefe parece tener un efecto moderado, en el que destacan dos hechos: primero, los empleos de tipo formal disminuyen la probabilidad de ser pobre, aunque este efecto se hace considerablemente menor en 1995. Segundo, el trabajo por cuenta propia disminuye la probabilidad de ser pobre en 1978, pero la aumenta en 1995.

May hace estimaciones independientes para hogares urbanos y rurales para el año 1992 y sus resultados tienden a coincidir con los de Ocampo. Sin embargo, la especificación de los modelos empleados difiere considerablemente. En general, May encuentra que la probabilidad de ser pobre aumenta con el número de niños en el hogar y con el hecho de que el jefe sea mujer, y disminuye con la educación del jefe, la educación del cónyuge y la edad del jefe. Para el caso de las dos primeras características, la magnitud del efecto en el caso de los hogares rurales es más del doble que en el de los urbanos, lo que tendería a confirmar la discriminación contra los hogares rurales encontrada por Ocampo. En el caso de las segundas tres características, se encuentra que el impacto positivo de la educación del jefe es mayor en los hogares rurales y los de la educación del cónyuge y la edad del jefe son menores.

Un análisis complementario al presentado es el obtenido por la simple descripción de las características de los hogares rurales pobres, el llamado perfil de los pobres. Información desde esta aproximación es provista por May para 1992 y por López (1998)⁵ para 1988 y el período 1991-1997. Para las variables socio-demográficas básicas, las conclusiones de los dos autores son similares. Los hogares rurales pobres tienen un mayor número de miembros, un mayor número de niños y un mayor número de empleados. Adicionalmente, May encuentra que las edades promedio de jefes y cónyuges son mayores y que sus niveles educativos son menores.

López aporta otras características de gran interés. Los hogares rurales pobres presentan tasas de participación y de ocupación más bajas y mayores niveles de desempleo, el porcentaje de empleados en el sector primario aumenta y, paralelamente, disminuye el de ocupados en los sectores terciarios. Adicionalmente, disminuye la importancia del empleo formal (obreros, empleados y patronos) y aumenta el informal (trabajadores por cuenta propia y ayudantes familiares sin remuneración). Se volverá sobre algunos de estos puntos en las secciones que tratan sobre empleo y distribución del ingreso.⁶

⁵ En adelante referido como López.

⁶ Una panorámica sobre la evolución de la pobreza rural, aunque desde una perspectiva diferente a la acá empleada, se encuentra en Gómez y Duque (1998).

3. EL EMPLEO RURAL⁷

3.1. EVOLUCIÓN GENERAL DEL EMPLEO Y EL DESEMPLEO RURALES

Un examen de las tasas de crecimiento intercensal de la población en Colombia (Leibovich, Rodríguez y Nupia, 1997⁸); muestra dos grandes conclusiones. Primera, que la tasa de crecimiento de la población ha venido disminuyendo sistemática aunque cada vez más lentamente, lo que coloca al país en niveles relativamente elevados para su nivel de desarrollo. Segunda, que el crecimiento de la población rural es considerablemente menor que el de la urbana; efecto que se debe al impacto de la migración rural-urbana. En estas condiciones, para 1993 la población rural representaba poco más del 31% de la población total.⁹

A pesar de emplear la misma fuente de información, diferencias metodológicas llevan a distintas estimaciones sobre el volumen de empleo rural entre 1988 y 1995. Así, por ejemplo, para 1988 Balcázar, Vargas y Orozco (1998)¹⁰ calculan el empleo rural total en 4.95 millones, Reyes y Martínez (1993)¹¹ lo calculan en 4.9 millones y Leibovich (1997) lo calcula en 5.5 millones.¹² Guardadas estas diferencias, no obstante, estos autores coinciden en señalar un incremento del empleo rural para 1991, seguido de una baja en 1992 y una recuperación en 1994 y 1995.

Según Leibovich (1997), el empleo rural disminuyó su participación en el empleo total entre 1988 y 1995, bajando de 40.2% a 38.9%. No obstante, el empleo rural durante este mismo período creció a una tasa promedio anual del 1.5%, superior a la tasa de crecimiento intercensal de la población rural económicamente activa. Las cifras de este autor indican que solo en 1992 se presentó una disminución absoluta de la población ocupada (a diferencia de Balcázar y Reyes que encuentran disminuciones absolutas en 1992 y 1993).

El deterioro del empleo rural, de acuerdo con Balcázar, se debe primordialmente a la disminución del empleo agropecuario. Entre 1991 y 1995 se calcula que el empleo en este tipo de actividades se había reducido en 260 mil plazas; reducción casi completamente compensada por el aumento absoluto del empleo no agropecuario (257 mil empleos). Al interior del sector agropecuario se producen reducciones en el empleo originado en los cultivos de ciclo corto y en la caficultura, mientras se encuentran aumentos en el originado en los cultivos de ciclo largo (mayor a un año). En tanto que las pérdidas de empleo en los cultivos

⁷ A los aspectos metodológicos relacionados con las fuentes de información, mencionados en la nota 1, y que son relevantes para el estudio de los temas de empleo habría que agregar lo siguiente. Dado que solo la etapa III de la ENH tiene cobertura rural, no existe información sistemática disponible para el estudio de la estacionalidad del empleo rural. Adicionalmente, en los estudios no se encuentran referencias explícitas al margen de error asociado a las estadísticas generadas para grupos específicos de población, como los empleados por rama de actividad o por posición ocupacional; por ejemplo: esto hace que no haya información sobre la significancia estadística de las diferencias encontradas en las características de los grupos.

⁸ En adelante referido como Leibovich (1997).

⁹ Definiendo la población rural como la residente en centros poblados sin alcaldía y en áreas dispersas.

¹⁰ En adelante referido como Balcázar.

¹¹ En adelante referido como Reyes.

¹² Las cifras de empleo de Leibovich (1997) son una aproximación a partir de la información gráfica presentada por los autores.

de ciclo corto se vieron más que compensadas con los aumentos en los de ciclo largo (unos 11 mil empleos netos), la falta de dinamismo en el empleo cafetero pareciera ser la responsable por el deterioro señalado. En términos generales, esta apreciación sobre el deterioro del empleo rural contrasta con la caracterización que hace López sobre el desempleo y a la que se hace referencia adelante.

Por lo que hace al desempleo, Balcázar estima que entre 1988 y 1993 se mantiene en tasas superiores al 4%, siendo la más alta la correspondiente a 1988 y la más baja la registrada en 1991. A partir de 1994 la tasa de desempleo sube considerablemente, situándose en niveles superiores al 5.5%, bajando levemente en 1995 y superando el 6% en 1996. Leibovich (1997) encuentra un comportamiento similar para la tasa de desempleo aunque en niveles un poco mayores a los presentados por Balcázar. López encuentra un patrón similar, en el que la tasa de desempleo en 1997 llega al 6.5%.

Leibovich aporta alguna información sobre las características del desempleo rural durante el período 1988-1996. En primer lugar, aunque en 1994 y 1995 el desempleo masculino ha aumentado, la tasa de desempleo femenina determina el comportamiento general del desempleo rural. A pesar de registrarse creación absoluta de empleo durante el período, su tasa de incremento no es suficiente para absorber la oferta generada por una creciente tasa de participación femenina (ver siguiente apartado). Adicionalmente, el desempleo se concentra en los grupos de edad más jóvenes y en la población con nivel educativo de secundaria completa, hecho asociado a cambios en la estructura característica del empleo rural (ver adelante).

A este cuadro, López añade una característica adicional. La contribución del sector agropecuario al desempleo rural es relativamente moderada y tiende a mantenerse constante durante el período 1988-1997, lo que indicaría que se trata básicamente de desempleo friccional. En 1997, el año con mayor tasa de desempleo del período, el sector agropecuario contribuye con el 23% del desempleo, cifra moderadamente superior al promedio encontrado para la totalidad de éste. Sectores como los servicios, el comercio, la construcción y las manufacturas presentan tasas elevadas de desempleo y, en conjunto, contribuyen mucho más que el sector agropecuario al desempleo rural. Por esta razón, el perfil del desempleado rural está sesgado hacia las mujeres, las personas jóvenes y las personas con algún nivel educativo. No obstante, las personas con niveles educativos nulos y de primaria incompleta o completa (que tienen tasas de desempleo moderadas), conjuntamente representan casi el 55% del desempleo (en 1997) y buscan trabajo en sectores diferentes al agropecuario.

En Tabla 2 se presenta alguna información básica sobre el empleo y desempleo rurales.

3.2. CARACTERÍSTICAS DE LA OFERTA LABORAL RURAL

A partir de información censal, Leibovich (1997) encuentra que las tasas de crecimiento de la población rural para los períodos 1964-1973, 1973-1985 y 1985-1993 son 0.88%, 1.37% y 1.18% anual, respectivamente. Paralelamente, las tasas de crecimiento de la población rural en edad de trabajar (PET) se estiman en 0.67%, 1.7% y 1.75%, lo que indica que este grupo de población se hace proporcionalmente más numeroso. Por su parte, la población económicamente activa (PEA) crece a tasas del 0.42%, 2.37% y 0.63%, implicando que pese al aumento relativo de la PET la

TABLA 22.
POBLACIÓN, EMPLEO Y DESEMPLEO RURALES EN COLOMBIA. 1988-1996

	Nov. 88	Nov. 91	Sep. 92	Sep. 93	Sep. 94	Sep. 95	Sep. 96
Población Total * (1)	13,049.9	13,770.9	13,719.5	13,878.2	14,037.8	14,205.2	14,292.5
P. Edad de Trabajar * (2)	9,563.3	10,284.7	10,282.2	10,420.3	10,588.5	10,733.4	10,672.5
P. Económicamente Activa * (3)	5,183.2	5,836.7	5,628.9	5,603.2	5,758.9	5,867.2	5,870.5
P. Económicamente Inactiva * (4)	4,380.1	4,448.0	4,653.3	4,817.1	4,829.7	4,866.1	4,802.0
Población Ocupada * (5)	4,945.7	5,589.5	5,382.8	5,356.0	5,439.4	5,551.6	5,496.0
Población Desocupada * (6)	237.5	247.2	246.1	247.2	319.5	315.6	374.4
(2) / (1) **	73.3	74.7	74.9	75.1	75.4	75.6	74.7
(3) / (2) **	54.2	56.8	54.7	53.8	54.4	54.7	55.0
(5) / (3) **	95.4	95.8	95.6	95.6	94.5	94.6	93.6
(6) / (3) **	4.6	4.2	4.4	4.4	5.5	5.4	6.4

Fuente: BALCÁZAR, VARGAS Y OROZCO, 1998

* Miles de personas

** Expresados como porcentajes

tasa de participación de la población rural tiende a disminuir en el primero y último períodos y a aumentar en el segundo. Sin embargo, como se verá adelante, esta descripción del comportamiento de la tasa de participación no proporciona una visión adecuada de su evolución reciente.

Tanto Reyes como Leibovich (1997) encuentran que la proporción de hombres en las zonas rurales es mayor que la de mujeres y que lo contrario sucede en las áreas urbanas. Si se toma en consideración el comportamiento de los índices de mortalidad por sexo, la única explicación plausible para este hecho se encuentra en las migraciones. Las mujeres han tendido a migrar en una mayor proporción que los hombres hacia las zonas urbanas, fenómeno que se atribuye a la relativa ausencia de oportunidades de empleo para ellas en las zonas rurales.

Resultados obtenidos por Reyes, previos a la publicación de las cifras del Censo de Población de 1993, mostraban una tendencia al rejuvenecimiento de la población rural, determinada por su relativamente alta tasa de fecundidad y por la ausencia de flujos migratorios de importancia. Por el contrario, Leibovich (1997) encuentra un envejecimiento relativo de esta población al disminuir la participación de los grupos con edades inferiores a treinta años de 66% en 1988 a 62% en 1995.

Leibovich (1997) reporta avances importantes en materia de educación para la población rural, a pesar de que la brecha con indicadores similares para la población urbana se mantiene en niveles elevados. La proporción de población rural sin educación descendió del 22% en 1988 al 20% en 1995, mientras que la de población con primaria incompleta disminuyó de 45% a 39% y las de población con primaria completa, secundaria incompleta y secundaria completa aumentaron.

En el período 1988-1995, Leibovich (1997) registra una tasa de participación laboral rural prácticamente constante en el nivel del 55%. Este comportamiento esconde dos cambios moderados. Primero, una disminución en la tasa de participación de los hombres, de 80% en 1988 a 77% en 1995. Segundo, un aumento en la correspondiente a las mujeres, de 29% en 1988 al 32%

en 1995. Esta situación contrasta parcialmente con la de las zonas urbanas. La tasa de participación urbana es del orden del 59%, teniendo la de los hombres un descenso del 75% al 73% y la de las mujeres un ascenso del 45% a 47%.

De acuerdo con Reyes, para 1993 la participación laboral masculina en zonas rurales se inicia más temprano que en las urbanas, es más intensa en las edades más productivas y el retiro se produce a una edad más avanzada. Aunque la información proporcionada por Leibovich (97) no permite una apreciación de este patrón sobre un período más largo, otras variables descritas en su trabajo dan una idea de los cambios registrados en el comportamiento de las tasas de participación.

En efecto, éstas se han recompuesto en términos de grupos de edad y nivel educativo. Las tasas de participación de la población rural entre 10 y 19 años disminuyen de 39% a 35% entre 1988 y 1995, las del grupo entre 20 y 39 años aumentó de 67% a 70% y las de los grupos de mayor edad sufren leves modificaciones. Por otra parte, las tasas de participación más altas se dan en los grupos con mayor nivel educativo (secundaria completa y superior), a la par que las de la población con primaria completa tienden a aumentar y las de aquella sin educación y con primaria incompleta disminuyen. Como se ve, estos cambios deben modificar el patrón de participación descrito por Reyes, en el sentido de hacerlo más cercano a un perfil “moderno” de la oferta de trabajo.

Un ejercicio tipo *probit* (Leibovich, 1997), orientado a estimar la incidencia de diferentes características de la población rural en la probabilidad de participar en el mercado laboral, arroja los siguientes resultados. Hay una mayor probabilidad de participar si se es hombre (aunque ésta ha venido disminuyendo), si se tiene un nivel educativo mayor (a partir de un cierto nivel), si se tiene una mayor experiencia (medida a través de la edad) y si el lugar de residencia es en zonas dispersas. Estos cambios, como se verá, guardan relación con la forma como se ha modificado la estructura del empleo rural.

3.3. ESTRUCTURA DEL EMPLEO RURAL

Las características presentadas en la sección anterior, implícitamente describen de forma parcial la estructura del empleo rural. En efecto, según Leibovich (1997) el empleo rural sigue siendo predominantemente masculino y ha tendido a concentrarse en los grupos de edad mayores a 19 años (los menores han venido perdiendo participación sistemáticamente) y en los grupos con mayores niveles relativos de educación (el empleo de baja calificación, sin educación y con primaria incompleta, disminuye).

Por lo que hace a la posición ocupacional (Leibovich, 1997), las proporciones de obreros y jornaleros y la de trabajadores por cuenta propia son dominantes, superando cada una de las dos el 30% en todos los años del período 1988-1995. Aunque el autor considera que ninguna de estas categorías presenta una tendencia definida, López sugiere que los trabajadores por cuenta propia han venido ganando participación en el empleo rural, habida cuenta de que han pasado de contribuir con el 30.3% del empleo agropecuario en 1991 al 38.7% en 1997. La dominancia de estas dos posiciones ocupacionales durante el período, tendería a confirmar la opinión de Reyes en el sentido de que, en cuanto a generación de empleo, la agricultura comercial y la agricultura tradicional tienen tamaños comparables no obstante sus diferencias en cuanto a producción.

Adicionalmente, Leibovich (1997) acota cómo durante el período analizado se presenta una clara tendencia al aumento en participación de la categoría empleados, que pasa del 12% en 1988 al 16% en 1995, en tanto que hay un descenso en la del grupo de trabajadores familiares que disminuye de 15% a 9%. La disminución de esta última categoría podría indicar un deterioro en la capacidad de la agricultura tradicional para generar empleo en las zonas rurales, mientras que el ascenso del grupo de empleados señalaría básicamente un cambio en la composición del empleo rural.

Para distintos analistas, uno de los cambios recientes más notables en la estructura del empleo rural se relaciona con su composición por ramas de actividad económica. Aunque las cifras difieren moderadamente en magnitud, Balcázar, Leibovich (1997) y López coinciden en señalar una tendencia decreciente en la participación del sector agropecuario en el empleo rural. De representar aproximadamente el 61% del empleo rural, el empleo agropecuario pasó a representar alrededor del 55% en 1995 y 1996 y del 56% en 1997. La minería, la industria manufacturera, la electricidad y la construcción presentan un comportamiento estable, con participaciones de 12.3% en 1988, 12.4% en 1995 y 11.5% en 1997. En contraste, el comercio, los transportes, las finanzas y otros servicios aumentan su participación, pasando del 26.4% en 1988, al 32.6% en 1995 y al 32.3% en 1997.

No es claro, sin embargo, si esta diversificación del empleo rural está ligada a la actividad agropecuaria o es relativamente independiente de ella. López se refiere a este comportamiento como la “terciarización” del empleo rural y anota que obedece no solo a una mayor concentración de la población rural en las cabeceras municipales de menor tamaño, sino que afecta también a la población que habita las zonas dispersas.

Los perfiles de los ocupados en el sector agropecuario y en otros sectores se han modificado paralelamente. López menciona cómo el empleo agropecuario ha aumentado su masculinización entre 1991 y 1997 y se ha concentrado en el grupo con edades superiores a 40 años y (más moderadamente) en el grupo sin educación formal. Por el contrario, el empleo rural no agropecuario (excepto la construcción y el transporte) es predominantemente femenino y tiende a concentrarse en los grupos con mayor nivel educativo. Estas observaciones, unidas al aumento en la proporción de la categoría empleados, llevan a López a afirmar que la “terciarización” del empleo rural lejos de ser coyuntural es tendencial (hecho que sería percibido por la población rural, vía ingresos laborales, y que la estaría llevando a buscar empleo fuera de la agricultura. Ver arriba el perfil del desempleado rural).

3.4. LOS INGRESOS LABORALES RURALES

En el capítulo 1 se menciona cómo, de acuerdo con Ocampo, entre 1978 y 1991 el ingreso per capita rural creció al 1.16% en tanto que entre 1991 y 1995 disminuye a razón de 5.7% anual. Esto sucede a la par que el ingreso por ocupado rural decrece al 0.68% y al 4.81% para los dos períodos, respectivamente. Este comportamiento aparece asociado al efecto combinado de movimientos en el empleo rural y en la tasa de participación, amén de los efectos recesivos de la crisis agrícola de comienzos de los años 90.

Según Leibovich (1997), entre 1988 y 1995 los ingresos laborales rurales por ocupado presentan un comportamiento fluctuante, caracterizado por un nivel máximo en 1991 (de aproximadamente

\$45.000, de 1988), seguido por una caída del orden del 33% en 1992 y una recuperación paulatina entre 1993 y 1994 (hasta llegar a niveles similares a los de 1991), para cerrar con una nueva caída del 20% en 1995. Este patrón confirmaría el impacto de la crisis agrícola y señalaría, además, que éste esencialmente se concentró en 1992. Por lo demás, el mismo autor encuentra que los ingresos laborales reales son consistentemente más elevados para los grupos de edad entre 30 y 49 años y que existe una correlación clara entre nivel educativo y de ingresos.

Al observar los niveles de ingreso por ocupado, según la rama de actividad económica entre 1988 y 1995, Leibovich (1997) anota cómo los más elevados se encuentran invariablemente en la electricidad y la construcción, seguidos por los servicios financieros, los otros servicios y el comercio. Los ingresos originados en actividades agropecuarias, aunque fluctúan, tienden a ser los más bajos. Examinando los datos disponibles para 1997, López encuentra que los ingresos laborales medios mensuales originados en el sector agropecuario son los más bajos, equivalentes a 1.1 salarios mínimos, mientras que los del sector finanzas ascienden a 2.7 salarios mínimos, los del sector eléctrico a 2.1 y los de otros servicios y el transporte a 1.9. Si se consideran los diferenciales salariales por nivel educativo, éstos tienden a ser mayores para las ramas de actividad diferentes a la agropecuaria cuando se pasa a primaria completa, secundaria incompleta y secundaria completa. Este es un factor que, como se mencionó atrás, induce a la población a buscar empleo en ramas diferentes a la agropecuaria y que, posiblemente, contribuye a que las tasas de desempleo en éstas sean superiores a las de dicho sector.

Con referencia al empleo rural agropecuario, López señala que el empleo por cuenta propia ha venido incrementándose (como se mencionó antes) a la par que se presenta una tendencia decreciente en sus niveles de ingreso. Después de un pico equivalente a 1.33 salarios mínimos en 1991, el ingreso de los cuenta propia agropecuarios bajó a 0.88 salarios mínimos en 1992 y, tras algunas fluctuaciones, en 1997 se sitúa en alrededor de 0.6 salarios mínimos. Paralelamente, los ingresos de los obreros y jornaleros agropecuarios, a pesar de seguir un comportamiento similar al de los cuenta propia hasta 1996, son siempre superiores al salario mínimo legal y guardan un diferencial mínimo de aproximadamente 0.4 salarios mínimos con respecto a aquellos. En 1997 los ingresos de este grupo se sitúan en 1.57 salarios mínimos en promedio.¹³

Desde la perspectiva de las personas ocupadas, con vinculación con el sector agropecuario (lo que incluye habitantes de centros urbanos ligados al campo), Reyes encuentra para 1993 que el 18% de éstas registra simultáneamente más de una ocupación. Este caso es más frecuente para las posiciones ocupacionales de patronos o empleadores y de trabajadores por cuenta propia que para las posiciones empleado y trabajador familiar. Desafortunadamente no se cuenta con información adicional que permita apreciar la evolución de este tipo de comportamiento.

Por posiciones ocupacionales, Leibovich (1997) registra los más altos niveles de ingreso promedio por ocupado en los grupos de empleados y patronos, un nivel intermedio para los obreros y jornaleros y los más bajos para los cuenta propia y los trabajadores domésticos.

¹³ Tanto en lo referente a la terciarización del empleo rural, como al comportamiento de los ingresos asociados a diferentes posiciones ocupacionales, analistas como Fonseca (1999) señalan la necesidad de contemplar el efecto de la violencia y las actividades ilícitas ligadas a las drogas sobre éstos.

Por otra parte, Leibovich (1997) calcula unas funciones generatrices de ingresos con el fin de determinar la influencia de algunas características de los ocupados sobre el nivel de ingreso que perciben. Los resultados de este ejercicio muestran que: (1) el efecto de la educación sobre el ingreso de los hombres en zonas rurales es bajo y en el caso de las mujeres, aunque permanece en niveles bajos es mayor; (2) la experiencia tiene efectos bajos pero moderadamente crecientes en el tiempo, para hombres y mujeres; (3) la posición dentro del hogar da lugar a diferenciales importantes de ingreso, siendo la más importante la de jefe, seguida por el (la) cónyuge y los hijos; (4) la residencia en zona dispersa se asocia a ingresos más bajos; (5) para los hombres las posiciones ocupacionales con mayores ingresos son el personal directivo, seguido de profesionales y vendedores y el último lugar lo ocupan los trabajadores agropecuarios, mientras que en el caso de las mujeres los ingresos laborales más altos se encuentran en el personal directivo, seguido por las trabajadoras del agro; en uno y otro caso los ingresos de los asalariados son significativamente superiores a los de los cuenta propia; y (6) a pesar de los diferenciales de ingreso que López encuentra entre ramas de actividad, Leibovich no registra una asociación estadísticamente significativa entre estas dos variables.

4. LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO RURAL¹⁴

4.1. EVOLUCIÓN DE LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO RURAL-URBANO

Una panorámica general de la evolución de la distribución del ingreso en Colombia es proporcionada por Londoño (1997a). De acuerdo con ella, entre los años treinta y los sesenta la distribución del ingreso en Colombia presentó un marcado deterioro que, hacia finales de los cincuenta, estuvo esencialmente determinado por una veloz acumulación de capital urbano, paralela a una lenta expansión de la educación, y por una escasa modernización de la agricultura, que confluye con bajos niveles de migración rural-urbana. El primer par de fenómenos lleva al aumento en la concentración del ingreso urbano (con altas tasas de retorno a la educación) y el segundo al empeoramiento en la distribución del ingreso rural.

Durante el período comprendido entre finales de los sesenta y comienzos de los ochenta, se registra una rápida mejora en la distribución del ingreso. El progreso educativo de la época combinado con una relación capital-producto estable en las zonas urbanas, disminuyó el sesgo hacia elevados retornos a la educación y llevó a dicha mejora. Por su parte, la capitalización de la agricultura y la presencia de fuertes flujos migratorios rural-urbanos, condujeron al encogimiento de las rentas de la tierra y al aumento de la remuneración al trabajo rural, con efectos positivos sobre la distribución.

Finalmente, de acuerdo con Londoño (1997a), durante los años ochenta y hasta mediados de los noventa se registra una mejora lenta de la distribución del ingreso. Este comportamiento se debería a la combinación de una tendencia de largo plazo con algunos fenómenos coyunturales.

¹⁴ En el caso del estudio de la distribución del ingreso rural aplican las mismas observaciones metodológicas mencionadas en la nota 1. En esta revisión no se ha incluido una referencia al tema de la redistribución del ingreso. Vélez (1995) proporciona un análisis sobre el impacto redistributivo de las políticas sociales, incluidas algunas de las más importantes para el sector rural.

En el largo plazo, mientras los salarios e ingresos independientes urbanos continuaban aumentando relativamente, la participación de los trabajadores agrícolas, de las ganancias urbanas y de las rentas de la tierra disminuían. Por otra parte, la expansión de la educación se frena y la capitalización de la agricultura entra en una fase de estancamiento. Estas condiciones llevarían a una desaceleración en la reducción del premio a la educación y a una disminución en la demanda de mano de obra rural, lo que disminuye la tendencia hacia la equidad vía los ingresos laborales. En la dimensión coyuntural, algunas circunstancias externas, combinadas con el impacto de intervenciones de política, afectaron el mercado laboral y la remuneración a los factores, de manera negativa para la distribución del ingreso.¹⁵

Aunque Londoño (1997a) no lo hace explícito en todos los casos, de este panorama se podrían derivar algunas hipótesis acerca del comportamiento de la distribución del ingreso rural-urbano. Primera, entre los años treinta y los sesenta, presumiblemente, el ensanchamiento de la brecha de productividad entre los dos sectores debió llevar también a un empeoramiento de la distribución del ingreso rural-urbano. Segunda, entre finales de los sesenta y comienzos de los ochenta, en presencia de una relación estable capital-producto, en las zonas urbanas, la capitalización del campo (con el consecuente aumento de la productividad) posiblemente llevó a una disminución en la brecha de ingresos rural-urbana. Tercera, durante los ochenta y hasta mediados de los noventa, el comportamiento diferenciado de los mercados de trabajo rural y urbano y la disminución en la participación de los asalariados rurales y de las rentas agrícolas en el ingreso nacional (además de factores de tipo coyuntural sobre los que se ampliará adelante) determinan una nueva ampliación de la brecha de ingresos rural-urbana y con ella de la distribución del ingreso.

Para Ocampo, entre 1978 y 1995 los cambios en la distribución del ingreso personal ocurren en el contexto de fuertes diferencias socio-demográficas entre hogares rurales y urbanos. En particular se resalta la diferenciación en las oportunidades de educación y, al inicio del período, la mayor tasa de dependencia en las zonas rurales. Entre 1978 y 1991, las mayores oportunidades de empleo favorecieron tanto a los hogares rurales como a los urbanos y la mejor distribución de la educación favoreció a los hogares urbanos más pobres, mientras que en el caso rural las mejoras educativas tuvieron un efecto más uniforme sobre todos los segmentos de ingreso. No obstante, la menor dinámica del empleo rural y una tendencia desfavorable de la tasa de dependencia deprimieron los ingresos rurales y ampliaron su brecha con los urbanos. Las tasas anuales de crecimiento del ingreso per capita rural y urbano entre 1978 y 1991 fueron del orden de 1.16% y 0.34%, mientras que durante el período 1991-1995 fueron de -5.7% y 7.25%, respectivamente.

Desde una perspectiva temporal diferente, May calcula que una mezcla de cambios en variables exógenas (tales como caídas en los precios internacionales y una grave sequía en 1992) y en la política económica (las reformas de finales de los ochenta y comienzos de los noventa) indujeron fuertes cambios en los precios relativos entre 1990 y 1992. Estos cambios actuaron negativamente sobre el ingreso rural, en la medida en que, con relación al deflactor del PIB, los precios agrícolas cayeron más del 13% durante el período y los salarios rurales en 22%; mientras para los cuatro deciles de población con los ingresos más bajos en zonas rurales el ingreso familiar se redujo en casi 15%, para este mismo grupo urbano aumentó en casi 11%. De esta

¹⁵ Cálculos e interpretaciones alternativas de esta panorámica de la evolución del ingreso en Colombia han sido proporcionadas, para diferentes períodos, por varios autores. Una referencia general a éstas se encuentra en Ocampo (1998).

forma se confirma, entonces, que durante la primera mitad de los noventa la distribución del ingreso rural-urbano empeoró considerablemente.

4.2. EVOLUCIÓN DE LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO RURAL

Existe una relativamente amplia variedad de mediciones sobre el grado de concentración del ingreso en Colombia y en las zonas rurales. La más comúnmente empleada es el coeficiente de Gini, de la que se presenta un resumen de estimaciones alternativas en Tabla 3. Aunque una comparación directa entre las distintas mediciones es virtualmente imposible, de allí es posible obtener una visión general sobre la evolución de la distribución del ingreso a lo largo del período 1978-1995.

TABLA 3
ESTIMACIONES ALTERNATIVAS DEL COEFICIENTE DE GINI PARA COLOMBIA*

Estudio	Coeficiente Gini	1978	1988	1991	1992	1993	1994	1995
May (95) No específica Nota error	Urbana	0.516	0.485					
	Rural	0.526	0.469					
	Nacional	0.545	0.512					
Ocampo (98) Per capita hogares Ing. total	Urbana	0.515		0.487	0.505	0.496	0.515	0.528
	Rural	0.491	0.566	0.569	0.530	0.505	0.479	0.441
	Nacional	0.516		0.532	0.532	0.523	0.529	0.534
Leibovich (98) Per capita Ing. total ajustado	Urbana							
	Rural		0.608	0.603	0.586	0.520	0.494	0.459
	Nacional							
Londoño (95) Citado en Leib (98) No específica	Urbana	0.48	0.45					
	Rural	0.5	0.46					
	Nacional	0.476	0.48					
Ocampo y Pérez (96) Citado en Leib (98) No específica	Urbana	0.51	0.49	0.51	0.53	0.54	0.54	0.52
	Rural	0.5	0.55	0.57	0.55	0.55	0.52	0.49
	Nacional	0.54	0.55	0.55	0.56	0.58	0.57	0.56
Urrutía (94) Per capita hogares Ing. total	Urbana		0.47		0.44			
	Rural		0.46		0.45			
	Nacional							

* Se ha tratado de registrar únicamente las mediciones disponibles que son comparables. No obstante es conveniente hacer las siguientes aclaraciones: (1) las cifras de May (1995) son tomadas del Anexo I (Tabla 1.11), pero allí no se aclara si se trata de un cálculo sobre los ingresos laborales o sobre los ingresos totales per capita o per capita por hogar. (2) En Ocampo (1998) el cálculo se hace sobre el ingreso total per capita hogar. (3) En el caso de Leibovich (1998) se trabaja con el ingreso total ajustado per capita (para corregir posibles errores en los datos de las encuestas). (4) Los datos de Londoño (1995) y Ocampo y Pérez (1996) son citados en Leibovich (1998) y no se aclara cuál es la base de cálculo. (5) En el caso de Urrutía (1994) se trabaja con los ingresos totales ajustados per cápita hogar.

En general, de los datos consignados en Tabla 3. debe notarse que la distribución del ingreso en Colombia se caracteriza por un relativamente alto grado de concentración, tanto a nivel nacional como a nivel urbano y rural. Por otra parte, es posible concluir que existe una tendencia al mejoramiento de la distribución del ingreso rural a lo largo del período 1978-1995, aunque la consistencia de la misma varía entre estimaciones. En los casos en que se analiza información para la mayor parte (o la totalidad) del período, se encuentra que solo Leibovich (1998) registra

un mejoramiento continuo del coeficiente de Gini para las zonas rurales, en tanto que las dos mediciones hechas por Ocampo (1996 y 1998) muestran un empeoramiento entre 1978 y 1991 y, prácticamente, una mejoría continua entre 1991 y 1995.

Finalmente, no es aparente un comportamiento sistemático en el sentido de que la distribución del ingreso rural sea más o menos regresiva que la del ingreso urbano, aunque pareciera haber una mayor frecuencia de casos en que es más regresiva la distribución rural. En promedio, los coeficientes de Gini para una y otra mantienen diferencias que oscilan entre uno y tres puntos. No obstante, a diferencia de lo que sucede con la distribución rural, los datos de Ocampo (los únicos que permiten apreciar la totalidad del período) indicarían la presencia de una tendencia al deterioro de la distribución del ingreso urbano.

Para Ocampo, durante el período analizado se da la conjunción de tres factores socio-demográficos y uno económico para determinar las grandes tendencias en la distribución del ingreso. Los primeros tienen que ver con la disminución en la tasa de dependencia demográfica en el sector rural, la disminución en el tamaño de los hogares y el aumento en los niveles promedio de escolaridad. El segundo consiste en el aumento de las oportunidades de empleo, especialmente femenino. Por otra parte, los cálculos de distintos autores, entre ellos Ocampo, tienden a coincidir en señalar que los ingresos mejor distribuidos son los de origen salarial y por cuenta propia, en tanto que los peor distribuidos son los de los patronos y rentistas. En estas condiciones, la distribución del ingreso se modifica en la interacción entre estos factores y las características socio-demográficas de distintos tipos de hogar (según nivel de ingresos y lugar de residencia).

El empeoramiento en la distribución del ingreso rural que Ocampo encuentra entre 1978 y 1991, se da pese al comportamiento positivo de las oportunidades de empleo rural y el aumento en los niveles de escolaridad. Por otro lado, la mejoría que se registra en el coeficiente de Gini entre 1991 y 1995 se da en el contexto de una desaceleración o desaparición de los factores positivos mencionados atrás. Esto implica, según Ocampo, que la explicación de los cambios registrados en la distribución del ingreso debe buscarse, fundamentalmente, en factores de tipo macroeconómico o sectorial que afectaron la generación de ingresos y de empleo durante este período.

En estas condiciones, lo que sucede con la distribución del ingreso rural entre 1978 y 1991 estaría determinado por dos factores. Primero, un deterioro en la participación de los hogares en el ingreso nacional a favor de las utilidades. Esto lleva a una caída en los ingresos por trabajador (tanto rurales como urbanos), que es parcialmente compensada por el aumento en el empleo. Segundo, la disminución en los ingresos salariales rurales golpea más fuertemente a los trabajadores más pobres y solo el decil rural más rico se salva de la caída de los ingresos.

La evolución de la distribución del ingreso rural en el período 1991-1995, estaría determinada por el deterioro generalizado, pero diferenciado, de los ingresos rurales. De acuerdo con Ocampo, el deterioro del ingreso rural es resultado de la crisis de la agricultura (a partir de 1992), que se tradujo en una disminución del empleo que afecta negativamente a los hogares de ingresos bajos y medios y en una marcada reducción de los ingresos no salariales que afecta fundamentalmente al decil más rico de la población rural. Como se mencionó atrás, posiblemente un fuerte componente migratorio campo-ciudad llevó a una mejoría de los salarios e ingresos totales por ocupado para los grupos más pobres (contrarrestando la caída en el empleo). En contraste, las reformas

económicas introducidas en la época llevan a una disminución de las rentas agropecuarias, golpeando los ingresos del decil más rico y mejorando la distribución del ingreso.

Habría dos factores adicionales que pueden haber afectado la distribución del ingreso rural a lo largo de este período. Uno es el sesgo del crecimiento hacia los sectores productores de no comercializables (muchos de ellos productos de economía campesina). El otro es la tendencia a la terciarización del empleo, acompañada de la reconocida mayor importancia que tiene este tipo de empleo en los deciles de ingreso más altos. Ocampo se limita a señalar la existencia de estos factores y a sugerir la posibilidad de que hayan tenido alguna capacidad de afectar la distribución.

Desde una perspectiva diferente,¹⁶ Leibovich (1998) considera que existe un sesgo consistente en sobrepesar los factores de tipo macroeconómico en el análisis de la evolución de la distribución del ingreso, en detrimento de variables relacionadas con el funcionamiento del mercado laboral y con las características socio-demográficas de los hogares. Por esta razón, su análisis de la distribución del ingreso laboral rural se hace con base en la estimación econométrica de funciones generadoras de ingreso y de participación, cuyos resultados permiten hacer simulaciones sobre el impacto de diferentes variables sobre éstas y, por ende, sobre la distribución del ingreso.

En líneas generales, los resultados a los que llega Leibovich (1998) con respecto a la generación de ingresos se pueden resumir como sigue: (1) para los jefes de hogar se encuentra un efecto positivo y creciente de la educación entre 1988 y 1995; la actividad agrícola afecta negativamente los ingresos y otro tanto sucede con la actividad independiente. (2) Para los jóvenes se tiene que la existencia de un segundo empleo tiene un efecto positivo, y el desarrollo de actividades independientes uno negativo. (3) Para las mujeres adultas hay un efecto positivo de la educación, la existencia de un segundo empleo es positiva en el caso de los hombres y las actividades independientes tienen un efecto negativo para hombres y mujeres.

Por lo que hace a la participación se tiene que: (1) el nivel educativo afecta negativamente las tasas de todos los miembros del hogar, excepto los más jóvenes, (2) la brecha de participación hombres-mujeres ha venido disminuyendo; (3) en el caso de los jefes, la participación se ve afectada negativamente por el tamaño del hogar y la tasa promedio de participación de los demás miembros, y positivamente por los ingresos potenciales de los demás miembros; y (4) la participación de los jóvenes se relaciona positivamente con el mayor nivel educativo, la edad y los mayores ingresos del jefe, y negativamente con el jefe ocupado en la agricultura.

¹⁶ En el texto principal se ha incluido únicamente el análisis central de Leibovich (1998), dejando de lado una discusión que el autor plantea con relación a los determinantes básicos de la distribución del ingreso. Los elementos planteados en ésta son usados implícita o explícitamente en un buen número de los análisis que dan mayor énfasis al impacto de las variables macro. En este sentido, la distribución del ingreso rural se considera determinada, en lo esencial, por la dotación relativa de factores productivos entre la población rural, los cambios experimentados por ésta y los cambios generados en la productividad de los factores y en los precios relativos de la economía. Un punto controversial en este sentido es el papel de la propiedad de la tierra en la distribución del ingreso. Para algunos, no existe una relación clara, o hay una relación inversa, entre la característica de ser propietario y los ingresos. Basados en datos de una encuesta realizada en 1982, Aguilar y Perfetti (1987) encuentran que los hogares rurales de más bajos ingresos se dedican principalmente a la agricultura, y que la propiedad de la tierra “[...] parece ser una limitante mas bien que un complemento de los ingresos familiares” (p. 147).

Una serie de coeficientes de Gini, calculados a partir de las funciones generadoras de ingreso y participación, permiten a Leibovich (1998) descomponer los cambios que éste presenta según sean originados en factores socio-demográficos o del mercado laboral. Como base general, la evolución del Gini indica que entre 1988 y 1992 y entre 1992 y 1995 se registran mejoras marginales en la distribución de los ingresos laborales rurales. Para el primer subperíodo, se tiene que el efecto aislado de las variables de tipo socio-demográfico sobre la distribución es positivo, y que otro tanto sucede con el efecto de las variables del mercado laboral. Sin embargo, el efecto de los factores socio-demográficos es mayor. Resultados similares se encuentran para el segundo subperíodo. La conclusión general, entonces, es que la mejoría encontrada en la distribución del ingreso laboral rural se explica por cambios positivos en las variables socio-demográficas (como tamaño del hogar, nivel educativo, etc.) que son determinados por procesos estructurales de largo plazo, y que el mercado laboral actúa también en el sentido de mejorar la distribución, pero al parecer debido especialmente a la caída relativa de los ingresos de los deciles superiores de la distribución.

5. IMPACTO DE LA MACROECONOMÍA Y LAS REFORMAS ECONÓMICAS

Varios estudios han explorado la relación entre el desempeño macroeconómico y la distribución del ingreso o entre el ajuste de la política económica y la distribución del ingreso. El tratamiento que dan al tema difiere en su enfoque y metodología y, por tanto, aunque podrían entenderse como complementarias, sus conclusiones no son estrictamente “agregables”, en el sentido de proporcionar una visión de conjunto que tenga coherencia teórica. No obstante, y a pesar de que las referencias al sector rural son a menudo apenas marginales, para los efectos de esta revisión es interesante dar un vistazo a esta literatura en conjunto.

Cárdenas y otros (1998)¹⁷ analizaron el impacto del desempeño macroeconómico sobre la distribución del ingreso urbano, para un período que cubre desde mediados de los setenta hasta mediados de los noventa. La observación de la evolución del índice de Theil para el período analizado indica que la desigualdad disminuyó rápidamente entre 1976 y 1982, se mantuvo relativamente estable a lo largo de los ochenta y se incrementó sustancialmente durante los noventa. Para el primer subperíodo, la reducción de la desigualdad se asocia a una disminución de la desigualdad entre grupos, mientras que para el último subperíodo el incremento se asocia a una mayor desigualdad *intra* grupos. Por otra parte, la discriminación de los grupos de población por nivel educativo muestra que esta variable explica entre el 28% y el 34% de la desigualdad total. Esta consideración, conjuntamente con la de las fuentes recién mencionadas de los cambios en la distribución del ingreso, llevan a los autores a concluir que son las variables macroeconómicas las que tienen el mayor poder explicativo sobre la distribución del ingreso y, en particular, que no son las reformas estructurales sino la inestabilidad macroeconómica la responsable de sus cambios.

Análisis econométricos llevan a Cárdenas (1998) a concluir que la tasa de desempleo tiene un efecto regresivo significativo y de largo plazo sobre la distribución del ingreso y que otro tanto sucede con la tasa de inflación. Entre tanto, el crecimiento de la industria tiene un

¹⁷ En adelante referido como Cárdenas (1998).

efecto positivo pero de corto plazo sobre la distribución y el de la agricultura y la minería tiene un efecto positivo (para todas las medidas de desigualdad empleadas en el estudio), de largo plazo y magnitud relativamente alta. Este impacto de los sectores primarios se considera que es derivado de probables reducciones de la migración rural-urbana de mano de obra no calificada, que llevaría a una menor probabilidad de que el ingreso urbano se concentre. Finalmente, el crecimiento del sector de no transables tiene un impacto positivo, moderado y de muy corto plazo sobre la distribución y uno negativo en el mediano y largo plazo, a la par que la devaluación real de la moneda tiene un efecto similar al del crecimiento de los sectores primarios, aunque más moderado.

Otros análisis sobre el tema proporcionan información que, como en el caso recién reseñado, tiene alguna significación por sus efectos directos o indirectos sobre el empleo, la pobreza y la distribución del ingreso rural. Entre estos es interesante mencionar el de Cárdenas y Gutiérrez (1997),¹⁸ orientado a estimar los efectos iniciales de las reformas estructurales introducidas en la economía, entre finales de los ochenta y comienzos de los noventa, sobre la eficiencia y la equidad.

El estudio señala como efecto de la reforma el notable incremento en el acervo de capital que, ante un relativo estancamiento del empleo industrial, lleva a un aumento en la relación capital-trabajo del orden del 40% entre 1990 y 1996. Este crecimiento es tan elevado que el espacio para aumentos en la productividad total de los factores (medida como el residuo de Solow) es muy reducido. De hecho, sus estimaciones sobre el crecimiento de la productividad total de los factores arrojan una tasa del 8% en el mejor de los casos, y una clara evidencia de que ésta disminuye después de 1995, reflejando la desaceleración de la producción manufacturera.

El período posterior a las reformas se caracterizaría, entonces, por la reducción en el costo de uso del capital y el incremento en los salarios reales de los trabajadores calificados. La primera genera el crecimiento anotado del acervo de capital y es, a su vez, causada por la reducción en los aranceles, la apreciación real del peso y la reducción de las tasas de interés, características del período. El segundo se origina en la complementariedad encontrada entre el trabajo calificado o administrativo y el capital. Análisis econométricos sustentan estas afirmaciones. En primer lugar, la hipótesis de que en Colombia, durante el período inmediatamente posterior a las reformas, se da un cambio tecnológico aumentador de factores es rechazada. Esto implicaría que los cambios presentados en el uso de los factores se deben fundamentalmente a modificaciones en sus precios relativos y no a cambios en la tecnología empleada. En segundo lugar, los signos de los coeficientes indican que el trabajo calificado y el no calificado son sustitutos, que el trabajo calificado y el capital son complementarios y que el trabajo obrero y el capital muestran un grado decreciente de sustituibilidad.

Como resultado, el empleo manufacturero se ve afectado negativamente por cambios en sus precios relativos con respecto al capital. El crecimiento de la demanda por mano de obra calificada colabora en la generación de mayores brechas salariales, y la expansión de sectores intensivos en mano de obra no calificada, como la construcción y la agricultura, se vuelve crítica al momento de determinar la dirección que toman los cambios inducidos en el empleo, la pobreza y la distribución del ingreso.

¹⁸ En adelante referido como Cárdenas (1997).

El ya comentado estudio de Ocampo concluye que detrás de la relativa estabilidad de la distribución del ingreso se esconden enormes choques distributivos, que conllevan un empeoramiento de largo plazo de la brecha rural-urbana (especialmente durante el primer lustro de los noventa) y a un mejoramiento de la distribución del ingreso rural entre 1991 y 1995, generado en la destrucción de rentas rurales asociadas al antiguo régimen de protección. De esta forma, para Ocampo, la reforma comercial tiene un marcado sesgo urbano (discriminando contra el sector rural) y ha generado un empeoramiento de la distribución del ingreso urbano al aumentar la demanda por mano de obra calificada. Por lo que hace a la pobreza, durante los noventa los indicadores mejoran tanto en el sector urbano como en el rural, pero por razones diferentes: en zonas urbanas debido al aumento en los niveles de ingreso derivados de choques distributivos adversos y en zonas rurales como efecto de mejoras en la distribución, resultantes de choques negativos en los ingresos.

Adicionalmente, el análisis del caso urbano lleva a Ocampo a concluir que solo la política de salario mínimo y la disminución del desempleo tienen efectos positivos simultáneos sobre la pobreza y la distribución, en tanto que los efectos del mayor crecimiento económico y del incremento del capital fijo tienen importantes *trade-offs* con la distribución y contribuyen a disminuir la pobreza. El consumo público y la protección tienen efectos negativos sobre la distribución y los salarios relativos del trabajo no calificado, mientras que la oferta relativa de mano de obra calificada tiene efectos positivos sobre las dos. Por lo demás, ninguna de las tres variables tiene efectos significativos sobre la pobreza. Finalmente, la tasa de cambio real tiene efectos positivos sobre la distribución y la pobreza, pero estos se concentran en los segmentos de población de nivel medio y medio-bajo (y no en la población más pobre), y no se encuentran efectos significativos de la inflación sobre la distribución o la pobreza.

Análisis realizados para el estudio de May sobre la pobreza en Colombia, estiman el impacto de las reformas sobre el sector agrícola por medio de un modelo computable de equilibrio general de corto plazo. El análisis simula el impacto inmediato de las reformas sobre el sector agrícola y luego “aisla” los efectos de cada una de las reformas sobre el sector. Los resultados de cada una de estas simulaciones se pueden resumir como sigue.

El programa macroeconómico implementado en 1992 se orientó hacia la consolidación de la reforma comercial y la reducción de la inflación y las tasas de interés. La apreciación de la moneda durante ese año fue apenas del 2%, induciendo un aumento brusco de las importaciones, a la par que las exportaciones permanecían estables, y el superávit en cuenta corriente se redujo a 2% del PIB. En estas condiciones se generó un incremento sustancial de la demanda agregada, con tasas de crecimiento del 4% para el consumo privado, del 27.5% para la inversión privada, del 29.4% para las importaciones, del 12.4% para el consumo del gobierno y del 7.4% para la inversión gubernamental. El PIB nacional crece 3.5% mientras que el PIB agrícola decrece 2.6% (excluyendo café) y el sector manufacturero crece menos del 1% (excluyendo al trilla del café).

Cambios en los precios relativos (largamente inducidos por la reforma comercial), precios internacionales descendentes y la apreciación del peso, son los factores determinantes del decrecimiento del sector agrícola. Adicionalmente, el desmantelamiento de las políticas de soporte

a los precios de los bienes agrícolas coadyuvó en la disminución de los mismos en alrededor del 13% entre 1990 y 1992. No obstante, el empleo rural creció a una tasa anual del 4.7% y el desempleo disminuyó, al paso que los salarios rurales disminuyeron un 22% y se amplió la brecha con los salarios urbanos.

Por lo que hace al impacto individual de las diferentes áreas de la reforma, en el cuadro general recién descrito, se obtienen los siguientes resultados: (1) la reforma comercial tuvo un impacto positivo sobre los ingresos, tanto urbanos como rurales, beneficiando especialmente a los pobres rurales (el ingreso del 20% más pobre de la población rural creció un 3.4%) y modificó los precios relativos a favor de la agricultura con lo que aumentaron la demanda por trabajo y los salarios rurales. (2) La reforma fiscal redujo los ingresos urbanos y rurales y en estas últimos afectó especialmente a los salarios, aunque con un efecto moderado sobre la distribución del ingreso. (3) La política de salario mínimo favoreció el crecimiento del sector informal y redujo los precios relativos de la agricultura, no obstante, la demanda por bienes agrícolas se contrajo con la consecuente disminución del ingreso rural. (4) Los cambios en los precios agrícolas, tanto internacionales como domésticos, deprimieron los ingresos rurales en general, con un efecto más acentuado sobre las ganancias del capital (-6.6% contra -3.6% para los salarios) y un mejoramiento de la distribución del ingreso rural.

El efecto combinado de estos cuatro factores, sin embargo, explica solo el 63% de la caída de los precios agrícolas y el 34% de la caída de los ingresos agrícolas. Los cambios en la política sectorial, en particular el desmonte de los soportes de precios, conjuntamente con la baja en los precios internacionales explican la caída del 10% en los ingresos del 40% más pobre de la población rural. De esta forma, según May, a pesar de que hay evidencia acerca de la ineficiencia de la política de soporte a los precios agrícolas, parecería que el gobierno subestimó el impacto negativo de la reforma a la política sectorial sobre los pobres del campo.

Un trabajo emparentado con el reportado en May, fue realizado por Lora y Stenier (1994)¹⁹ con el objetivo de medir el impacto distributivo de las reformas en Colombia. A partir de la misma aproximación metodológica, el estudio extiende los resultados de May en tres sentidos: se comparan los efectos de mediano y corto plazo de las reformas, se hace una mayor desagregación de la producción agrícola y las fuentes de ingreso rural, y, se analiza el papel de varios tipos de choques y cambios de política en el corto plazo.

Los resultados de las simulaciones de mediano plazo indican que el impacto, positivo, de las reformas sobre la tasa de crecimiento del PIB es reducido (resultado debido en parte al carácter estático del modelo). Con relación a la distribución del ingreso, se tiene que ésta mejora para el sector urbano, en tanto que para el rural se mantiene inmodificada, y que la distribución del ingreso a los factores en zonas rurales no es sensible a las reformas. Estos resultados se deben a que los salarios en las zonas rurales son más severamente afectados que los de las zonas urbanas (donde, además las rentas de los capitalistas disminuyen más rápidamente). Por otra parte, las modificaciones hechas al impuesto al valor agregado tienen efectos casi nulos sobre la distribución rural y urbana y otro tanto ocurre con los cambios en el régimen tributario

¹⁹ En adelante referido como Lora (1994).

con relación a su impacto sobre la distribución rural. La reforma comercial, a pesar de que no altera la distribución intra-regional del ingreso, incrementa la participación de las zonas rurales en el ingreso total debido a su efecto de mediano plazo sobre la tasa de cambio real. Finalmente, los ingresos de las zonas rurales no cambian de manera significativa gracias a que la apreciación de la tasa de cambio compensa los beneficios derivados de una mayor demanda urbana.

En el corto plazo, el modelo hace evidente el escaso efecto de las reformas y el importante papel que otros factores jugaron sobre la distribución del ingreso. Las reformas ejercen una despreciable influencia de corto plazo sobre la tasa de crecimiento y sobre la tasa de cambio real. El ingreso en las zonas rurales se redistribuye del capital fijo hacia el resto de factores, como consecuencia de la contracción de la demanda urbana para los bienes producidos por ese tipo de capital. Debido a la inmovilidad del capital en el corto plazo, el uso de éste en productos agrícolas permanentes se reduce y aquel destinado a la producción de bienes temporales se enfrenta a una gran competencia de las importaciones. Así, los trabajadores rurales se benefician de la reducción en los precios al consumidor y de la reorientación de la producción hacia los bienes exportables (más intensivos en mano de obra). Esta reorientación, a su vez, tiende a beneficiar al capital fijo empleado en el sector de exportables, en tanto que el resto de fuentes de ingreso rurales se perjudica con la apreciación de la tasa de cambio.

De la misma manera, en el corto plazo, el efecto de factores diferentes a las reformas tuvo una gran influencia sobre la distribución del ingreso. Variables como el ahorro de los hogares y la inversión privada, los precios internacionales, el gasto público, los movimientos de la tasa de cambio, no explicados por otras variables del modelo, y el precio doméstico real del café, explican una alta proporción de los cambios distributivos intersectoriales. La disminución del ahorro y el aumento de la inversión, afectaron negativamente todas las categorías del ingreso rural, excepción hecha del capital fijo. Los precios internacionales mejoraron los ingresos urbanos y empeoraron los rurales. El gasto público, responsable por los cambios más significativos, benefició el trabajo urbano y el capital fijo rural a expensas del resto de ingresos rurales.

Como conclusión, Lora encuentra una creciente brecha de ingresos rural-urbana que no es el resultado de las reformas estructurales, sino más bien de una serie de factores diferentes. No obstante, otras áreas de las reformas, como la liberalización de los flujos de capital, pueden haber tenido un impacto indirecto considerable sobre la ampliación de esta brecha.

6. CONCLUSIONES

Quizá la conclusión más evidente de esta revisión de literatura es la relativa fragilidad de los estudios sobre pobreza, empleo y distribución del ingreso en zonas rurales. La diversidad de resultados, tanto como la de metodologías empleadas, hace difícil la identificación de unos “hechos estilizados” que puedan servir de base para este capítulo. Por esta razón, menos que conclusiones, lo que acá se intenta es hacer unos comentarios informados sobre estos temas.

A riesgo de simplificar, parecería haber un conjunto de resultados obtenidos por los estudios, que responden a tendencias de largo plazo de variables socio-demográficas y económicas. A éstos se sobreponen otros que se originan ya sea en la acción de factores coyunturales o choques,

o en los efectos de corto plazo de cambios que tienden a permanecer en el tiempo. El riesgo de simplificación viene justamente de la dificultad para aislar unos y otros, para apreciar sus interrelaciones y para juzgar la permanencia de los cambios considerados de largo plazo.

Sobre el tema de la pobreza rural es clara la ambigüedad de los indicadores para señalar su comportamiento. Si hubiera que forzar una conclusión sobre el particular, podría decirse que parece haber una moderada tendencia de largo plazo a la disminución de la incidencia de la pobreza rural y que dicha tendencia se ve sobresaltada por retrocesos originados en los ciclos económicos y en la interacción entre el sector agropecuario y el resto de la economía.

Los efectos crecimiento y distribución sobre la pobreza rural habrían tendido a actuar en direcciones contrarias entre 1978 y 1995, siendo siempre dominados por el componente distributivo. Esto implicaría que cuando el ingreso medio aumenta, como consecuencia de una más dinámica actividad económica en zonas rurales, sus efectos son reducidos y no logran contrarrestar cambios distributivos adversos asociados. Por el contrario, cuando se pierde dinamismo en la actividad económica y el ingreso medio tiene efectos negativos sobre la pobreza, éstos tienden a ser contrarrestados por cambios distributivos positivos. Dos preguntas surgen inmediatamente. ¿Qué factores han determinado el comportamiento contradictorio hallado para estos efectos? ¿Se debe la dominancia de los efectos distributivos a alguna condición estructural? No parecería muy aventurado lanzar la hipótesis de que la estructura productiva del sector agrícola, y su evolución, tiene importancia en la búsqueda de las respuestas.

Por otra parte, las descripciones y análisis hechos de los perfiles de los pobres rurales muestran que las características socio-demográficas básicas asociadas a los hogares pobres tienden a ser estables. En esa medida, toda tendencia del hogar promedio a presentar características diferentes es percibida como un factor positivo en la disminución de la pobreza (esto sucede con el relativo envejecimiento de la población, los mayores niveles educativos de los jefes, la disminución en el número de hijos, etc.). Una excepción a este comportamiento viene del papel que juega la posición ocupacional de los jefes. Aunque la tendencia parece ser a que el empleo formal está asociado a menores niveles de pobreza (o a una menor probabilidad de ser pobre), la magnitud de este efecto varía entre períodos. Además, la dirección y magnitud del efecto de ser trabajador por cuenta propia (asimilado al empleo informal) cambian entre diferentes mediciones. Así, mientras la evolución de las variables socio-demográficas básicas respondería a tendencias de largo plazo en la evolución de la pobreza rural, los efectos de la posición ocupacional parecerían responder más a variaciones coyunturales de la relación entre las actividades económicas rurales y las urbanas o la macroeconomía.

El empleo rural ha venido creciendo de manera moderada y, por tanto, su participación en el empleo total disminuye. Este hecho, ampliamente reconocido como uno de los cambios propios de los procesos de desarrollo económico, parecería ir acompañado de una “modernización” del perfil de oferta de trabajo rural. Dicha “modernización” se asocia a la existencia de niveles educativos más altos en la población rural, al aumento de las tasas de participación femenina, de las tasas de participación de los grupos con niveles educativos más altos y de las tasas de participación de los grupos de edad entre 20 y 39 años. Estos cambios positivos son perceptibles como propios de una tendencia de largo plazo. No obstante, su persistencia depende en buena

medida de la continuada provisión de servicios educativos en zonas rurales y de la relativa ausencia de choques fuertes de ingresos que la reversen temporalmente.

Aparte de la disminución relativa del empleo rural, es destacable la tendencia hacia la declinación relativa del empleo agropecuario dentro del rural. Este patrón de comportamiento, paralelo al aumento proporcional del empleo rural en el sector servicios, ha venido a conocerse como la “terciarización” del empleo rural. “Terciarización” de la que no se sabe a ciencia cierta si se trata de un fenómeno estructural (dado el nivel de desarrollo alcanzado por el sector rural), ni se sabe si está ligada a cambios en la actividad agropecuaria o es relativamente independiente de ésta.

Por el momento parece claro que los perfiles de los ocupados en el sector servicios rural y en el agropecuario son diferentes. También lo es que el desempleo rural se concentra en un elevado número de mujeres, jóvenes y personas con secundaria completa que buscan empleo en sectores diferentes al agropecuario. Esto deja como resultado dos situaciones preocupantes. Primero, el empleo agropecuario parecería concentrarse en grupos de población predominantemente masculina, de mayor edad, menor nivel educativo y menores ingresos (lo que podría ser indicativo de estancamiento productivo del sector). Segundo, la población de bajo nivel educativo que se encuentra desempleada tendría escasas oportunidades de encontrar empleo en los sectores en los que éste ha venido aumentando. Adicionalmente, hay indicios de que los retornos a la educación son moderados en el sector rural (aunque el estudio que origina esta información no encuentra una asociación significativa entre empleo agropecuario y bajos ingresos).

En el campo distributivo se debe señalar la presencia, desde la década de los ochenta, de un sesgo adverso al sector rural que ha llevado a una ampliación de la brecha de ingresos rural-urbana. Aunque esta ha sido una situación aparentemente persistente durante los ochenta y noventa, no parece haber sido siempre el caso. En efecto, entre finales de los sesenta y comienzos de los ochenta, cuando se da una relativa capitalización del sector rural, la brecha tendió a disminuir. Aunque hay razones de tipo socio-demográfico y de orden macroeconómico que explican la presencia de este sesgo, parece haber un espacio importante para el comportamiento de la productividad del sector rural, y en particular del agropecuario, como factor determinante del mismo.

Como se mencionó en el texto, a pesar de que no hay una particular consistencia entre estimaciones alternativas del grado de concentración del ingreso rural, parece haber una tendencia de largo plazo hacia el mejoramiento de la distribución del ingreso en zonas rurales. Esta situación parece depender en buena medida de la evolución favorable de algunas variables socio-demográficas, como se había mencionado con relación a la evolución de la pobreza. Por lo demás, las variaciones coyunturales se encuentran asociadas fundamentalmente a cambios en el mercado de trabajo y a cambios inducidos por la macroeconomía (aunque no todos son claramente calificables como de tipo coyuntural).

Una conclusión importante y controversial se refiere al papel que la reforma económica ha tenido sobre la pobreza y la distribución del ingreso rurales. Contrario al lugar común sobre el efecto negativo de ésta sobre las últimas, los estudios revisados indican que la reforma en sí no es la causa del retroceso en los niveles de incidencia de la pobreza rural y que, en el caso rural, está ligada al mejoramiento de la distribución del ingreso por la vía de la disminución de las rentas asociadas a la protección (propias de los deciles superiores de ingreso). En un plano

similar, los efectos negativos adjudicados sin sustento a la reforma, parecen deberse fundamentalmente a la inestabilidad macroeconómica característica de los noventa y a un deficiente manejo de la política agropecuaria.

Este conjunto de “hechos estilizados”, como corresponde, deja un sinnúmero de preguntas. La factibilidad de obtener la información necesaria y la naturaleza de las preguntas que parecieran más interesantes, sugiere que la vía de una serie de estudios de tipo micro (en el sentido de su cobertura y de su enfoque analítico) sería muy fructífera. Algunos temas en particular podrían generar nuevas perspectivas para el análisis. Entre ellos vale la pena mencionar la exploración de la estructura de incentivos que actúa sobre la economía rural y su relación con la dinámica de la productividad, la relación entre la organización de la producción (en el sentido de sus arreglos institucionales) a nivel subsectorial o regional y los niveles de incidencia de la pobreza y la distribución del ingreso, y, una evaluación de los principales instrumentos de la política sectorial agropecuaria y su incidencia sobre la estructura de incentivos.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, LUIS IGNACIO, PERFETTI, JUAN JOSÉ, “Distribución del ingreso y sus determinantes en el sector rural colombiano”, en: *Coyuntura Económica*, vol. XII, No.1, Bogotá, abril, 1987.
- BALCÁZAR, ALVARO, VARGAS, ANDRÉS, OROZCO, MARTHA, *Del proteccionismo a la apertura. ¿El camino a la modernización agropecuaria?*, Misión Rural – IICA – Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998.
- CÁRDENAS, MAURICIO, GUTIÉRREZ, CATALINA, “Impacto de las reformas estructurales sobre la eficiencia y la equidad” capítulo 7, en: CÁRDENAS, MAURICIO (coord.) *Empleo y distribución del ingreso en América Latina*, Tercer Mundo Editores – FEDESARROLLO – CIID – COLCIENCIAS, Bogotá, 1997.
- CÁRDENAS, MAURICIO, SÁNCHEZ, FABIO, BERNAL, RAQUEL, NÚÑEZ, JAIRO, “El desempeño de la macroeconomía y la desigualdad: 1976-1996”, en: SÁNCHEZ, FABIO (ed.) *La distribución del ingreso en Colombia. Tendencias recientes y retos de la política pública*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998.
- CARO, BLANCA, GÓMEZ, MAURICIO, MANOSALVA, LUISA, *Mujer Rural en Cifras*, Presidencia de la República, Dirección Nacional de Equidad para la Mujer - Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, Oficina Mujer Rural, Bogotá, junio, 1997.
- FONSECA, LUZ AMPARO, “Comentarios al documento Pobreza y mercado laboral en el sector rural”, en *Coyuntura Colombiana*, No. 62, CEGA, Bogotá, julio, 1999.
- GÓMEZ, ALCIDES, DUQUE, MARTHA, *Tras el velo de la pobreza. La pobreza rural en Colombia y los desafíos para el nuevo milenio*, Misión Rural – IICA – Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998.
- LEIBOVICH, JOSÉ, RODRÍGUEZ, LUIS ÁNGEL, NUPIA, OSCAR, *El empleo en el sector rural colombiano. ¿Qué ha pasado en los últimos años? ¿Qué se puede prever?*, CEDE, Universidad de los Andes, 1997.
- LEIBOVICH, JOSÉ, “Análisis de los cambios en la distribución del ingreso rural: 1988-1995”, en: SÁNCHEZ, FABIO (ed.) *La distribución del ingreso en Colombia. Tendencias recientes y retos de la política pública*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998.

- LONDOÑO DE LA CUESTA, JUAN LUIS, “La dinámica de cambio de la distribución del ingreso y la pobreza en Colombia en las últimas décadas” capítulo 8, en: CÁRDENAS, MAURICIO (coord.) *Empleo y distribución del ingreso en América Latina*, Tercer Mundo Editores – FEDESARROLLO – CIID – COLCIENCIAS, Bogotá, 1997 (a).
- LONDOÑO DE LA CUESTA, JUAN LUIS “Brechas sociales en Colombia”, en *Revista de la CEPAL*, No. 61, Santiago de Chile, Abril, 1997 (b).
- LÓPEZ C., HUGO, “Pobreza y mercado laboral en el sector rural”, en *Cuadernos del CIDE*, No. 5, Diciembre, 1998.
- LORA, EDUARDO, HERRERA, ANA MARÍA, “Ingresos rurales y evolución macroeconómica” capítulo 2, en: JARAMILLO, C.F., GONZÁLEZ, CLARA, (eds.) *Competitividad sin Pobreza*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993.
- LORA, EDUARDO, STEINER, ROBERTO, *Structural Reforms and Income Distribution in Colombia*, documento presentado al Seminario Interamericano de Economía, NBER, Mexico D.F., Noviembre, 1994.
- MAY, ERNESTO, *La pobreza en Colombia*, Banco Mundial – Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1997.
- OCAMPO, JOSÉ ANTONIO, PÉREZ, MARÍA JOSÉ, TOVAR, CAMILO, LASSO, FRANCISCO, “Macroeconomía, ajuste estructural y equidad: 1978-1996”, en: SÁNCHEZ, FABIO (ed.) *La distribución del ingreso en Colombia. Tendencias recientes y retos de la política pública*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998.
- REYES, ÁLVARO, MARTÍNEZ, JAIME, “Funcionamiento de los mercados de trabajo rurales en Colombia” capítulo 8, en: JARAMILLO, C.F. Y CLARA GONZÁLEZ (eds.) *Competitividad sin Pobreza*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993.
- REYES, ALVARO, “La distribución del ingreso en Colombia ha empeorado”, en *Estrategia Económica y Financiera*, No. 202, Bogotá, noviembre, 1994.
- SARMIENTO, EDUARDO, “¿Se hizo el milagro de la distribución del ingreso?”, en *Economía*, Escuela Colombiana de Ingeniería, Enero-Marzo, 1995.
- URRUTIA M., MIGUEL, “Distribución del ingreso y la pobreza en Colombia: evolución reciente”, en: *notas editoriales Revista del Banco de la República*, Bogotá, agosto, 1993.
- URRUTIA M., MIGUEL, “Distribución del ingreso en Colombia: una nueva estimación”, en: *notas editoriales Revista del Banco de la República*, Bogotá, vol. LXVIII, No. 795, enero, 1994.
- VÉLEZ, CARLOS EDUARDO, *Gasto social y desigualdad*, Editorial Diagrama, Departamento Nacional de Planeación, Bogotá, 1995.